

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN, *El Niño de la Bola*. Ed. de Ignacio Javier López. Cátedra, Madrid, 2014; 380 pp. (*Letras Hispánicas*, 735).

*El Niño de la Bola* (1880) de Pedro Antonio de Alarcón constituye uno de los hitos de la novela decimonónica de tesis. Pese a ello, carecíamos hasta la fecha de hoy de una edición anotada que pusiera este texto al alcance del público no especializado. Ignacio Javier López, que se

cuenta entre los excelentes estudiosos de la producción alarconiana, ha llevado a cabo esta tarea de edición, a la que le antepone un exhaustivo estudio preliminar (pp. 11-116) en el que disecciona con metodología crítica el texto del escritor de Guadix, ampliando cuanto contenía el análisis inicial que realizó en un ensayo fundamental que lleva por título *Pedro Antonio de Alarcón. Prensa, política, novela de tesis* (Ediciones de la Torre, Madrid, 2008). Algo que se hacía necesario, pues, tal como apunta López en su introducción, el lenguaje alarconiano “exige un importante esfuerzo filológico y arqueológico, de búsqueda y de reconstrucción” (p. 65).

A este desafío interpretativo han permanecido ajenos los lectores de nuestro tiempo, que han tomado progresivamente distancias e, incluso, se han desinteresado de la producción de Alarcón en su conjunto. Si exceptuamos el paréntesis de los exponentes del vanguardismo, período en el que registramos una aproximación benévola a los textos del accitano (recuérdese la adaptación musical de Manuel de Falla, en 1919, a partir de las peripecias argumentales contenidas en *El sombrero de tres picos*), escasos han sido de hecho los intentos por descodificar el lenguaje narrativo de este autor, operación para la que se exige una clave cuya aplicación hemos terminado desconociendo. Es excepcional la difusión que esta novela alcanzó en México, donde Julio Bracho llegó incluso a adaptar el texto al lenguaje cinematográfico en *Historia de un gran amor* (1942), película que protagonizaron Jorge Negrete y Gloria Marín.

El esfuerzo didáctico de contextualización histórico-social con el que Ignacio Javier López afronta el reto de divulgación de la obra del escritor accitano, a la que, al mismo tiempo, agrega un neto propósito epistemológico, le llevó hace escaso tiempo a dar a la imprenta una edición igualmente modélica de *El escándalo* (Cátedra, Madrid, 2013). Lo anterior no es casual, pues en su momento el mismo Alarcón presentó *El Niño de la Bola* como complemento de *El escándalo*, y salió al paso de ese modo a las valoraciones negativas que aquélla había suscitado entre la crítica hostil de su tiempo. *El Niño de la Bola* es, por lo demás, la primera obra que el guadijeño escribe con la conciencia de adscribirla al género de la novela de tesis, con el que se intenta dar respuesta a una disputa ideológica mediante la recreación de un caso ejemplar que refute la tesis antagonica.

La creación y el desarrollo de dicho género corren parejos a la evolución ideológica que lleva al autor a una progresiva radicalización que le encasillará, en el período final de su vida, en posiciones doctrinales de acentuado reaccionarismo. No admitía el guadijeño una literatura desligada de la acción intelectual, lo que en su caso hace que el texto se convierta en vehículo del catolicismo tradicionalista al que necesariamente debe sujetarse la actitud moral del individuo. De hecho, podemos enfrentarnos a *El Niño de la Bola* como a un texto de simplis-

ta moraleja cristiana, en la que el autor se propone demostrar, a manera de parábola, el desenlace trágico que conlleva el abandono de la fe religiosa y la entrega al materialismo. Más pertinente, en cambio, sería dar razón de las actitudes y reacciones de sus personajes teniendo en cuenta el sino trágico que convierte a los actores del drama en piezas que se mueven sobre el tablero movidos por fuerzas que van más allá de las voluntades humanas. Es éste un motivo narrativo que lleva al editor del texto (pp. 87-88) a emparejar las vicisitudes de los actores principales de *El Niño de la Bola* con los raptos amorosos y la cadena de fatalidades que gobiernan también la conducta de los personajes en algunos poemas narrativos de Federico García Lorca.

Resulta sintomático que el progresivo radicalismo de Alarcón, que alcanzó su punto más álgido en 1877, a raíz del discurso de entrada en la Real Academia Española de la Lengua (pp. 41-45), se corresponda con la reconcentración del autor en la geografía andaluza de los orígenes al proyectar la trama narrativa de las obras que creó en la fase final de su actividad creativa. De *La Alpujarra* (1874) a *El Niño de la Bola* (1880) y, finalmente, a *La Pródiga* (1881) –dejando a un lado *El sombrero de tres picos* (1874), donde el apunte tragicómico cancela toda veleidad ideológica explícita–, el retorno de Alarcón a las raíces se vincula a la defensa del tradicionalismo. Quedan anclados en el tiempo sus ensueños de reportero cosmopolita que en *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859) le habían llevado a documentar la acción militar española en el exterior o que, acto seguido, marchaba al encuentro de una joven Italia, aún en guerra con los Estados de la Iglesia, que estaba logrando su unidad a expensas del descalabro de la última sociedad teocrática occidental y de la que alcanzó a dar un último testimonio directo en *De Madrid a Nápoles* (1861).

Del mismo modo que en los años finales, tan marcados por el desengaño, Alarcón volvió a la fe de la niñez y, por lo menos en el recuerdo, a la tierra de sus antepasados; también Manuel Venegas, el protagonista de *El Niño de la Bola*, retorna a los orígenes. Tras ocho años de ausencia, en los que la dura experiencia vital le ha llevado a abjurar de todos los principios religiosos que había hecho suyos, y tras haber crecido junto a su mentor don Trinidad Muley, regresa a la villa natal y allí, con tránsito expiatorio y doloroso, recupera la fe original y con ella los principios morales que terminan redimiéndolo como individuo. Hay, como se ve, un paralelismo neto con la peripecia narrativa de Fabián Conde, el protagonista de *El escándalo*, quien, combatido por las fuerzas contrapuestas del bien y del mal, adolece de un dolor existencial que sólo logrará templar el padre Manrique. Para Alarcón, ambos son paradigma del hombre moderno, víctima del materialismo generado por la acción incontrolada que desencadena la Revolución industrial, y al que se impone la vuelta a la inocencia de los orígenes como única vía que permita que asome a la superficie el hombre renovado.

Ignacio Javier López ha editado esta obra clave de la producción alarconiana ateniéndose a la versión definitiva que fijó el autor al revisar, por última vez, el texto antes de incluirlo en su serie de obras completas, tarea en la que el guadijeño ocupó los últimos años de su vida. El editor está consciente de las numerosas variantes que se registran al cotejar esta última versión con las que le preceden (pp. 103-105), si bien descarta incluir un aparato de variantes atendiendo al hecho de que, por lo que se refiere a esta obra, éstas son el resultado de una revisión gramatical y estilística y no obedecen, en cambio, a un replanteamiento ideológico. Facilita, por el contrario, la lectura del texto con un rico aparato de notas aclaratorias a pie de página. Muchas de ellas son de naturaleza lexicográfica, lo que permite que las generaciones más jóvenes puedan ahora aproximarse sin obstáculos a la comprensión de un texto que ha permanecido injustamente en un segundo plano de la historia de la literatura en lengua española.

JORDI CANALS PIÑAS  
Universidad de Trento